Theodor W. Adorno

Rasgos del nuevo radicalismo de derecha

Una conferencia

Epílogo de Volker Weiss
Traducción de Teófilo de Lozoya
y Juan Rabasseda

taurus

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®

Título original: *Aspekte des neuen Rechtsradikalismus: Ein Vortrag*

Primera edición: febrero de 2020

© 2019, Suhrkamp Verlag Berlin. Todos los derechos reservados
y controlados por Suhrkamp Verlag Berlin
© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2020, Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-306-2223-8
Depósito legal: B-367-2020

Compuesto en MT Color & Diseño, S. L.
Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Fuenlabrada (Madrid)

TA 2223 B

Penguin Random House Grupo Editorial

ÍNDICE

Rasgos del nuevo radicalismo de derecha 9

Nota editorial 57

Epílogo, *de Volker Weiss* 59

RASGOS DEL NUEVO RADICALISMO DE DERECHA

Sí, señoras y señores, voy a intentar no ya ofrecerles una teoría del radicalismo de derecha con pretensiones de exhaustividad, sino poner de relieve, por medio de comentarios sueltos, algunas cosas que quizá no todos ustedes tengan presentes. No es mi deseo, por otra parte, restar validez con ello a otras interpretaciones teóricas, sino simplemente complementar un poco lo que más o menos se piensa y se sabe de estas cosas.

En 1959 di una conferencia titulada «¿Qué significa "Revaluación del pasado"?», en la que desarrollé la tesis de que el radicalismo de derecha o, mejor dicho, el potencial de semejante radicalismo, que por entonces todavía no era visible en realidad, se explica por el hecho de que en todo momento siguen vivas las condiciones sociales que determinan el fascismo. Me gustaría, pues, partir del hecho,

señoras y señores, de que las condiciones que determinan los movimientos fascistas, a pesar del fracaso de estos, siguen vivas en todo momento en la sociedad, aunque no directamente en la política. En ese sentido, pienso ante todo en la tendencia a la concentración del capital dominante tanto entonces como ahora, tendencia de la que no cabe duda alguna, por mucho que se la pueda hacer desaparecer del mundo por medio de todas las artes estadísticas imaginables. Esa tendencia a la concentración significa, por otra parte, la posibilidad de desclasamiento, de degradación, de unas capas sociales que, según su conciencia subjetiva de clase, eran totalmente burguesas y deseaban mantener sus privilegios y su estatus social, e incluso reforzarlo en la medida de lo posible. Esos grupos tienden en todo momento a abrigar odio contra el socialismo o lo que ellos llaman socialismo, es decir, no echan la culpa de su potencial desclasamiento a todo el aparato que lo provoca, sino a aquellos que adoptaron una posición crítica frente al sistema en el que en otro tiempo los miembros de tales grupos poseían un determinado estatus, en todo caso según las concepciones tradicionales. Si continúan haciéndolo en la actualidad o si hoy sigue siendo esa su práctica ya es otra cuestión.

Pues bien, el paso al socialismo o, dicho en términos más humildes, a las organizaciones socialistas exclusivamente, ha sido desde siempre para esos grupos muy difícil y en la actualidad es mucho más difícil de lo que lo era antes, al menos en Alemania (y mis experiencias se remiten, por supuesto, a Alemania en particular). Sobre todo porque la SPD* se identifica con un keynesianismo, con un liberalismo keynesiano, que, si bien por un lado evita las posibilidades de un cambio de la estructura social que se situaba en la teoría marxista clásica, por otro, refuerza la amenaza del empobrecimiento, en todo caso en último término, de las capas sociales de las que he hablado. Recuerdo el simple hecho de la inflación paulatina, pero perfectamente perceptible, que es precisamente una de las consecuencias del expansionismo keynesiano, y me acuerdo también de una tesis que desarrollé a su vez en ese trabajo de hace ocho años y que entretanto ha empezado a hacerse realidad, a saber, que a pesar del pleno empleo y a pesar de todos los síntomas de prosperidad, el espectro del desempleo tecnológico anda suelto por el mundo en tal medida que, en la

* Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata Alemán). *(N. de los T.)*

era de la automatización —que en la Europa central todavía va con retraso, pero que, sin duda, recuperará el tiempo perdido—, las personas que participan en el proceso de producción se sienten ya potencialmente de más —puede que haya expresado la situación en términos muy exagerados—, se sienten ya en realidad potencialmente desempleados. A ello se suma por supuesto el miedo a los países del Este, tanto por su bajo nivel de vida como por la falta de libertad que de forma directa y muy real sufren las personas o incluso toda la masa de la población, y se añade también —en cualquier caso, desde hace poco tiempo— la sensación de la amenaza política proveniente del exterior.

Hay que pensar ahora en la curiosa situación reinante teniendo en cuenta el problema del nacionalismo en la era de los grandes bloques de poder. Pues resulta que dentro de esos bloques sigue vivo el nacionalismo como órgano de la representación de intereses colectivos en el seno de los grandes grupos en cuestión. No cabe duda, desde luego, de que existe entre la gente un temor sociopsicológico, pero también real y muy extendido, a verse metida en esos bloques y de paso a verse gravemente perjudicada por lo que respecta a su existencia material. Así, por lo que se refiere al potencial del radi-

calismo de derecha en el sector agrario, el miedo a la Comunidad Económica Europea y a las consecuencias que ella entraña para el mercado agrícola es sin duda en este país extraordinariamente fuerte.

Sin embargo, al mismo tiempo —y con ello abordo su carácter antagónico—, el nuevo nacionalismo o radicalismo de derecha tiene algo de ficticio frente a la actual alineación del mundo en ese par de enormes bloques en los que las distintas naciones y los diferentes estados aislados desempeñan en realidad un papel únicamente subordinado. A decir verdad, ya nadie se lo cree. La libertad de movimientos de una nación aislada se halla extraordinariamente limitada debido a su integración en los grandes bloques de poder. Sin embargo, no deberíamos extraer de ello la ingenua conclusión de que, debido a esa obsolescencia, el nacionalismo ya no desempeña un papel decisivo, sino todo lo contrario; a menudo sucede que las convicciones y las ideologías adoptan su carácter demoniaco, su carácter verdaderamente destructivo, justo cuando de hecho ya no son fundamentales debido a la situación objetiva existente. Al fin y al cabo, los procesos por brujería no ocurrieron en la época del tomismo clásico, sino en la de la Contrarreforma, y puede que algo parecido suceda hoy con el nacionalismo

«de *pathos*», si se me permite llamarlo así. Y, dicho sea de paso, en tiempos de Hitler se dio ya ese elemento de nacionalismo incipiente, de nacionalismo que no se cree del todo a sí mismo. Y ya entonces pudo observarse esa vacilación, esa ambivalencia entre el nacionalismo pasado de rosca y su cuestionamiento, un cuestionamiento que a su vez es preciso disimular luego para convencerse a uno mismo y á los demás de su validez.

Pues bien, de esas tesis, por lo demás muy simples, me gustaría extraer de momento unas cuantas conclusiones. Creo, y es algo que se explica por lo que ya les he dicho —a saber, que en el fondo se trata de un miedo a las consecuencias de los desarrollos de la sociedad en general, algo que ha sido observado por los institutos de estudios de opinión de todo el mundo y que se ha visto confirmado incluso por nuestro propio trabajo—, repito, creo que los partidarios del antiguo y del nuevo fascismo se hallan repartidos hoy de forma transversal entre toda la población. Creo que la suposición, por lo demás muy generalizada, de que todo esto no son más que movimientos específicamente pequeñoburgueses —como nos ha demostrado de un tiempo a esta parte el poujadismo francés—, si bien es acertada por lo que se refiere al carácter social, si se me per-

mite llamarlo así, de dichos movimientos, es, sin embargo, una teoría del todo errada si se tiene en cuenta su distribución, aunque sin duda existan entre sus seguidores ciertos grupos pequeñoburgueses, en particular tenderos que se han visto amenazados debido a la concentración del comercio al detalle en los grandes almacenes y en otras instituciones parecidas. Además de los pequeñoburgueses, desempeñan un destacado papel en esos movimientos los campesinos, que se hallan en una crisis permanente, y diría que mientras no se consiga resolver —como en verdad no se ha resuelto— el problema agrario de una manera radical —esto es, no con subvenciones y por medios artificiales que de por sí resultan de nuevo problemáticos—, mientras no se alcance realmente una colectivización racional y razonada de la agricultura, diría, repito, que esa hoguera siempre en ascuas seguirá ardiendo.

Sin embargo, además, en esos movimientos hay también en general una especie de contraposición cada vez mayor de la provincia frente a la ciudad. Determinados grupos aislados, como, por ejemplo, en Alemania los pequeños viticultores del Palatinado, parece que son muy propensos a integrarse en ellos. Por lo que respecta a la cuestión del respaldo industrial que tienen estos movimientos, hasta

el momento carecemos de pruebas concretas. En todas estas cosas hay que tener mucho cuidado y no pensar de manera demasiado esquemática ni aferrarse al esquema de que la industria acelera el fascismo: no se debe jugar tan frívolamente con esos esquemas. Se ha de tener presente, a su vez, que el fascismo, cuyo aparato tiene siempre una tendencia a independizarse de los intereses económicos fundamentales, tampoco constituye una ventaja para la gran industria y que en Alemania se pasó al fascismo como a una *ultima ratio*, justo en el momento de una crisis económica verdaderamente enorme, una crisis que, a todas luces, no dejaba ninguna otra posibilidad a la industria del Ruhr, por entonces en bancarrota.

Como es natural, existen en esos movimientos cuadros de dirigentes que en otro tiempo fueron nazis. Sin embargo, también a este respecto me gustaría decir, y por supuesto basándome en observaciones presentadas en el marco de la sociología empírica, que no debe creerse que esos individuos son solo los llamados incorregibles, ante los cuales acaba uno por encogerse de hombros. Sin duda, se ven atraídos hacia esos movimientos asimismo jóvenes, en particular individuos que, por así decir, vivieron el hundimiento del país en 1945 cuando tenían

quince años y que después desarrollaron con una fuerza extraordinaria este sentimiento: «Alemania tiene que volver a salir a flote».

Desde el punto de vista sociopsicológico quizá deba decir a este respecto —aunque bien sabe Dios que no considero que estas cosas sean cuestiones básicamente psicológicas— que en 1945 no se produjo el verdadero pánico, la verdadera desintegración de la identificación con el régimen y la disciplina que se vivió, por ejemplo, en Italia, sino que la actitud de la población siguió siendo coherente hasta el final. En Alemania, la identificación con el sistema no fue destruida nunca de un modo verdaderamente radical, y por supuesto ahí radica también una de las posibilidades de que hayan enlazado con ella precisamente los grupos de los que hablo.

A menudo se oye decir, refiriéndose a categorías tales como «los eternos incorregibles» o cualesquiera otros términos que puedan utilizar expresiones consolatorias de ese estilo, que en toda democracia existe un residuo de incorregibles o de payasos, el llamado *lunatic fringe*, como dicen en Estados Unidos. Y cuando uno la repite, la expresión conlleva cierta dosis de consuelo burgués quietista. A mi juicio, lo único que se puede responder ante eso es: por supuesto que en todas las

llamadas democracias del mundo puede observarse, en mayor o menor grado, algo de ese estilo, pero solo como expresión de que, por su contenido, por su contenido socioeconómico, hasta la fecha la democracia no se ha concretado de manera real y plena en ninguna parte, sino que ha seguido siendo algo formal. Y en este sentido cabría decir que los movimientos fascistas son los estigmas, las cicatrices de una democracia que hasta ahora no ha conseguido entender debidamente del todo su verdadero sentido.

Me gustaría decir también, si de lo que se trata es de corregir ciertos clichés sobre estos asuntos, que la relación de esos movimientos con la economía es estructural, o sea, que radica en esa tendencia a la concentración y en la tendencia a la depauperación, pero que solo puede uno imaginársela a un plazo demasiado corto y que, si se equipara el radicalismo de derecha simplemente con los movimientos coyunturales, puede uno llegar a conclusiones muy equivocadas. De ese modo, los éxitos de la NPD* en Alemania resultaron ya alarmantes hasta cierto

* La Nationaldemokratische Partei Deutschland (Partido Nacionaldemócrata de Alemania) es un partido de extrema derecha fundado en 1964 que llegó a tener cierto éxito durante sus primeros años de vida, consiguiendo algunos escaños en una serie de parlamentos regionales, aunque no ha logrado entrar nunca en el Parlamento Federal. *(N. de los T.)*

punto antes de la recesión económica, y de hecho, en cierta medida, se adelantaron a ella o, si prefieren ustedes, la dieron por descontada. Asimismo, anticiparon, si se me permite decirlo, un temor y un espanto, un espanto que más tarde se ha intensificado enormemente.

Al hablar de la anticipación del espanto creo haber tocado en realidad un factor fundamental, un factor que, hasta donde alcanzo a ver, se tiene muy poco en cuenta en las opiniones al uso acerca del radicalismo de derecha, a saber, su complejísima y difícil relación, predominante en nuestro país, con la sensación de catástrofe social. Cabría hablar de una distorsión de la teoría marxista del colapso, que se desarrolla en esta conciencia sumamente encogida y falsa. Por un lado, se plantea la siguiente pregunta en torno a su dimensión racional: «¿Cómo van a seguir las cosas cuando se produzca una crisis de gran envergadura?», y para semejante caso es para el que se recomiendan estos movimientos. Pero, por otro lado, dichos movimientos tienen algo en común con ese tipo de astrología manipulada actual, que yo considero un síntoma característico y extraordinariamente importante desde el punto de vista sociopsicológico, y es que en cierto modo desean la catástrofe y se alimentan

de fantasías acerca del hundimiento del mundo, que, por lo demás, como sabemos por la documentación existente, tampoco fueron ajenas a la antigua camarilla de gerifaltes de la NSDAP.*

Si hablara en términos psicoanalíticos diría que, sin ser esta la menor de las fuerzas movilizadas, en estos movimientos se apela al deseo inconsciente de desastre, de catástrofe. Pero me gustaría añadir —y con ello me dirijo a aquellos de ustedes que con razón se muestran escépticos respecto a una interpretación simplemente psicológica de los fenómenos sociales y políticos— que esa actitud no tiene solo motivaciones psicológicas, sino que cuenta también con su propia base objetiva. A quien no ve lo que tiene delante y a quien no quiere la transformación de la base social, no le queda nada más que lo que dice el Wotan de Richard Wagner: «¿Sabes lo que quiere Wotan? El fin»; lo que quiere, partiendo de su propia situación social, es el hundimiento, y no solo el hundimiento de su propio grupo, sino, a ser posible, el hundimiento de todo.

Si se me permite decir otra cosa sobre el aspecto específicamente alemán del ascenso de la NPD, sin

* Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán). *(N. de los T.)*

duda desempeña en él un papel fundamental la función del concepto de organización. Para empezar, la NPD, por el mero hecho de la adaptación de su nombre al de los demás partidos, ha ejercido una especie de llamamiento organizativo de masas, sin tener el aroma sectario que caracterizaba a sus precursores de derecha radical, y en concreto al Partido Socialista del Reich o como hayan querido llamarse. En Alemania —y se trata quizá de un rasgo específicamente alemán, que no puede trasladarse, así como así, sin más, a Austria— funciona lo riguroso y lo centralista, mientras que todo lo que recuerde, aunque sea de lejos, a secta —o sea, lo que no se presenta de antemano como si tuviera detrás algo maravilloso—, resulta sospechoso y no ejerce el menor atractivo sobre las masas. Uno de los fundamentos de la ideología alemana consiste en que no haya nadie que vaya por su cuenta. No en vano se ha puesto una y otra vez en labios de Hindenburg aquello de «¡Estad unidos, unidos, unidos!», y la lucha contra los «abusos de partido», esto es, la idea de que el compromiso político es ya de por sí una forma de ruina, está tan profundamente arraigada en la ciudadanía alemana que ni siquiera hoy, con la transformación del sistema político, han cambiado mucho las cosas en esa ideología.

Quiere uno tener algo tras de sí, y eso explica el importante papel desempeñado en Alemania por el llamado *bandwagon effect* o efecto de arrastre, como se denomina en Estados Unidos, es decir, esos movimientos en su totalidad se presentan como si ya hubieran cosechado éxitos enormes, y atraen a las personas simulando que son los garantes del futuro, y sabe Dios lo que va a venir detrás de ellos. Sin duda, interviene también en todo esto, en ese complejo de unidad, el hecho de que justamente en la República Federal el Estado nacional es, mira por dónde, algo que se ha hecho realidad con enorme retraso, en comparación sobre todo con Inglaterra y Francia. Y en Alemania las personas parece que viven con un miedo perpetuo por su identidad nacional, un miedo que bien seguro aporta lo suyo a la superioridad de la conciencia nacional. Acaso el pánico que se apodera de los alemanes ante la idea de división encuentre también ahí su explicación.

No deberíamos subestimar estos movimientos por su ínfimo nivel intelectual ni por su falta de teorización. Sería una enorme falta de visión política pensar por eso que no van a tener éxito. Lo característico de estos movimientos es más bien una extraordinaria perfección de los medios, y concreta-

mente en primer lugar los medios propagandísticos en el sentido más amplio, combinada con una ceguera, con una oscuridad impenetrable de los fines que persiguen. Y yo creo que justo esa constelación de medios racionales y de fines irracionales, si puedo expresarlo por una vez en esta forma abreviada, en cierto modo se corresponde con la tendencia general civilizadora que al final desemboca en semejante perfección de las técnicas y los medios, mientras que se escamotea de paso el fin que realmente se persigue para la sociedad en general. La propaganda tiene ante todo la genialidad de equiparar en estos partidos y en estos movimientos la diferencia, la indudable diferencia, existente entre los intereses reales y los falsos objetivos simulados. Esa es verdaderamente la sustancia de todo el asunto, como ocurriera otrora con los nazis. Si los medios vienen a sustituir en una medida cada vez mayor a los fines, puede casi decirse que en los movimientos de extrema derecha la propaganda constituye de por sí la sustancia misma de la política. Y no es casualidad que los llamados Führer, caudillos o guías del nacionalsocialismo alemán, los Hitler y los Goebbels, fueran precisamente ante todo propagandistas y que su productividad y su fantasía quedaran integradas totalmente en la propaganda.

Además, creo que por eso tampoco hay que exagerar los conflictos existentes en los círculos directivos de la NPD. Si mi impresión es acertada, la que ha ganado ha sido la llamada ala dura o radical. Hay que recordar, por otro lado, la antigua relación existente entre la NSDAP y los miembros de la DNVP* de Hugenberg. Esta gente no contó en ningún momento con una base popular masiva, y parece que la base popular masiva va de la mano de ese elemento que supone la política fundada en la catástrofe, del elemento que supone la propia exageración o, si prefieren, el enloquecimiento.

Es por lo demás en ese contexto donde resulta muy interesante observar —como deberían hacer de una vez la ciencia política y sobre todo los propios políticos encargados de analizar estas cuestiones— que semejantes estructuras tienen una notable perseverancia a pesar de las catástrofes, esto es, a pesar de la gran catástrofe, parece repetirse una situación similar a la del Partido Nacional del Pueblo Alemán, que en la lucha por el poder acabó subordinándose a los nacionalsocialistas, y sencillamente eso es lo que parece repetirse en las luchas

* Deutschnationale Volkspartei (Partido Nacional del Pueblo Alemán). *(N. de los T.)*

de poder desencadenadas en el seno de la NPD, sencillamente eso.

Las alineaciones políticas sobreviven a los sistemas y a las catástrofes. En Alemania, por ejemplo, son propensos a ello antiguos centros del nacionalsocialismo como el Hessen septentrional, donde ya en la década de 1880 se dio un brutal movimiento antisemita, o como la Baviera septentrional. Con este doble posicionamiento por frentes, grupos que se sienten a un tiempo anticonservadores y antirrojos tienden casi *a priori* al radicalismo de derecha, y puedo figurarme que en relación con esta estructura también ustedes en Austria podrían observar algo parecido. Y por supuesto tampoco hay que subestimar lo que de manipulación y de embaucamiento tienen todos estos movimientos, esto es, el hecho de que son algo así como el espectro de un espectro. Sería un error, y sería una reacción histérica, figurarse hoy en Alemania que debajo de estos fenómenos hay algo parecido a un movimiento espontáneo de masas. Pero podría formarse un movimiento de ese estilo si se aprovecha el potencial dado por las condiciones objetivas, y este se manipula cuando la situación se agrava. Y en ese caso es cierto sin duda que los grupos extremistas se imponen en virtud de una dinámica que se revela una

y otra vez en tales situaciones. Indudablemente, en la actualidad no hemos llegado tan lejos, pero por otro lado tampoco se pueden tomar por magnitudes invariables las cifras que los sondeos de opinión atribuyen al potencial del radicalismo de derecha, cifras que, por lo demás, no son ni mucho menos tan pequeñas. No mejora la situación el hecho de no creer en ellas. Aunque cabe esa posibilidad, a la que hay que aferrarse a la hora de defenderse de estas tendencias —sin duda pueden aprovecharse esa contradicción y esa relativa incredulidad para luchar contra ellas—, semejante actitud da cabida también a la posibilidad y al potencial que tienen esos movimientos de crecer hasta convertirse en auténticas locuras, en auténticas psicosis, y desde luego ya no puede caber duda alguna de que los llamados movimientos de masas de corte fascista tienen una relación estructural muy profunda con las psicosis. (Es evidente que a este respecto desempeña un papel destacado el tipo antropológico que he denominado «tipo Manipulador» en mi libro *Estudios sobre la personalidad autoritaria*; y eso era por lo demás en una época en la que todavía no se conocía en absoluto todo el material que existe ahora acerca de los Himmler, los Höss y los Eichmann, sino nos basamos sólo

en los materiales de la sociología empírica que teníamos a mano por entonces.) Pues bien, son hombres que al mismo tiempo son fríos, carentes de empatía, de mentalidad estrictamente tecnológica, pero que en cierto modo están locos, como en una medida verdaderamente prototípica lo estaba Himmler. Y esa curiosa unión de la psicosis y la perfección tecnológica parece encontrarse en la ascendencia de estos grupos y desempeñar de nuevo un papel decisivo en ellos.

Por otro lado, señoras y señores, hay que hacer muchísimo hincapié, por supuesto, en las diferencias con los tiempos de la República de Weimar, si no se quiere recaer de nuevo en un pensamiento esquemático basado en las analogías. Ante todo, debemos sacar a colación aquí la repercusión de la derrota. Esa derrota fue ocultada, no obstante, por el periodo de prosperidad. Y es trascendental, desde luego, empezar por ahí a la hora de defendernos de estas cosas. Ante todo, no debe seguirse el procedimiento de hacer llamamientos de carácter ético, de hacer llamamientos a la humanidad, pues la propia palabra «humanidad» —y todo lo que conlleva— conduce a las personas, que es de quienes en definitiva se trata, a alcanzar el punto de ebullición, actúa como el miedo y la debilidad, más

o menos de forma parecida a lo que sucede en determinados procesos que me son muy conocidos, y en los que la simple mención de Auschwitz ha dado lugar a gritos de «¡Viva Auschwitz!», o la simple mención de apellidos judíos ha provocado risas.

Lo único que uno... —y esto me lo figuro, porque lo considero una de las cosas más fundamentales con respecto a la resistencia frente a este movimiento—, lo único que me parece realmente prometedor es que se advierta a los potenciales seguidores del radicalismo de derecha cuáles son las consecuencias que puede tener, que se les aclare que esa política arrastra irremisiblemente al desastre, al desastre incluso de sus propios seguidores, que ese desastre ya ha sido previsto, del mismo modo que, como es sabido, Hitler utilizó ya en fecha temprana la expresión: «Entonces prefiero pegarme un tiro en la cabeza», y luego la repitió en cuanto se le presentaba la ocasión. Así que, si se quieren atajar en serio estas cosas, hay que hacer referencia a los propios intereses de aquellos a quienes va dirigida la propaganda. Y esto sirve especialmente para los jóvenes, a los que hay que prevenir de adoctrinamientos de ese estilo, de la represión de su esfera privada y de sus modos de vida. Y hay que prevenirlos del culto al llamado orden, que

no se identifica ante la razón, y sobre todo hay que prevenirlos del concepto de disciplina, que se presenta como un fin en sí mismo, sin que se plantee en ningún momento la pregunta: «¿Disciplina para qué?». Pues bien, la mitificación de todo lo militar, su utilización a modo de fetiche, como se pone de manifiesto en expresiones tan hermosas como «El individuo con espíritu de soldado», se incluye naturalmente también dentro de este contexto.

Hay que recordar una diferencia más: la interdependencia política. En cualquier caso, Alemania ya no es hoy, en este sentido, un sujeto político, ni siquiera como posibilidad, igual que sucedía en tiempos de la República de Weimar. Existe incluso la amenaza de que por culpa de este movimiento Alemania pierda el último tren de la política mundial, de la tendencia de la política mundial, y de que en efecto se vuelva totalmente provinciana. Por un lado, esto impone de hecho unos límites mucho más rígidos a semejante política, a menos que la extrema derecha también lograra imponerse en otros países mucho más poderosos. Pero, por otro lado, provoca ira. Y esa ira podría entonces desahogarse sobre todo en el que suele denominarse «sector cultural». Por eso —si se me permite no hablar en absoluto de los intereses que uno pueda tener en

estos asuntos como intelectual—, diría que incluso desde el punto de vista de la política hay que observar con especial atención los síntomas de reacción cultural y de incipiente provincianismo, pues, como a estos movimientos se les escapa simplemente lo que es la libertad de acción en materia de política exterior, ese es el terreno en el que más pueden desfogarse y en el que sin duda intentarán una y otra vez desfogarse. Existe en ese sentido toda una serie de enemigos nombrados de antemano. Aquí entra más o menos la *imago*, la imagen ideal subconsciente, del comunista. Da la casualidad de que en la República de Weimar el Partido Comunista era numéricamente una organización muy fuerte y que, al fin y al cabo, la rivalidad política entre los nazis y los comunistas poseía cierto carácter plausible, aunque, dada la posición adoptada por aquel entonces por las fuerzas armadas, la verdadera significación de lo que en aquellos tiempos se llamaba la amenaza comunista fue sin duda alguna enormemente exagerada. Hoy ya no existe ningún partido comunista en Alemania, y por tanto el comunismo ha adquirido de hecho una especie de carácter místico, esto es, se ha convertido en algo completamente abstracto, y esa singular naturaleza abstracta hace a su vez que todo lo que a la gente no le gusta

sea subsumido en la categoría elástica de «comunista», y que, como tal, sea rechazado. Por ejemplo, el famoso Kongo-Müller, un hombre que se ha quedado a vivir en Alemania, un alemán que, como mercenario en el Congo, desempeñó un papel particularmente repulsivo, ha declarado en público que, en cualquier lugar del mundo donde se luche contra el comunismo, allí estará él para ponerse a disposición de quien haga falta, pues lo hace por la democracia.

Pues bien, todo esto está completamente al margen de lo que pueda significar un conocimiento de los hechos. «Comunismo» se ha convertido en una palabra tabú. En ello ha desempeñado solo cierto papel —también como concepto tabú— el concepto de materialismo, en el que la gente confunde de un modo tremendamente turbio el materialismo del afán de lucro y del interés por las ventajas materiales con la teoría materialista de la historia, y se comporta como si aquellos que desean cambiar este sistema fueran por eso mismo materialistas vulgares que lo único que quieren es poseer más y más cosas.

Creo que, por lo demás, una de las rupturas más curiosas que se han producido dentro de la conciencia de clase, y que sigue existiendo en la actua-

lidad —y disponemos en este sentido de un material muy contundente—, es que los que se identifican en sentido lato con la conciencia de clase burguesa se consideran en general idealistas, mientras que los trabajadores, que en todo momento son los que se ven obligados a pagar la cuenta, han tenido y tienen en todo momento una especie de actitud escéptica al respecto que, aunque se relacione poco con la teoría, se opone al fin y al cabo con una extraordinaria intensidad a la esencia ideológica de ese llamado idealismo, que no es más que un idealismo vulgar, pues no existe solo un materialismo vulgar, sino también un idealismo vulgar.

Por supuesto, luego están los intelectuales, una auténtica bestia negra que suscita un odio muy especial, sobre todo mientras no sea posible mostrar abiertamente una actitud antisemita y no se pueda matar indiscriminadamente a los judíos, porque eso es algo que ya ha sucedido. La expresión «intelectual de izquierda» es también una de esas expresiones tabú. Se evoca con ella ante todo también la desconfianza alemana hacia aquel que no ocupa un cargo digno, aquel que no tiene un puesto fijo, aquel que es considerado, por así decir, un vagabundo de la vida, un «hijo del aire», como se los llamaba en otro tiempo en Polonia. El que no se

adapta a la división del trabajo, o sea, el que por su profesión no está ligado a una determinada posición y a un determinado modo de pensar, sino que se ha reservado una libertad intelectual, es también, según esta ideología, una especie de canalla al que hay que dar un repaso. Naturalmente, tiene todavía algo que ver con todo ello el ancestral rencor del obrero manual hacia el trabajo intelectual, aunque este sentimiento ahora se disfrace de otra cosa hasta resultar totalmente irreconocible y adopte una forma absolutamente figurada.

Estos movimientos que, como les decía, en principio no son más que técnicas de poder y de ningún modo parten de una teoría elaborada, se vuelven contra quienes sostienen el intelecto porque son impotentes frente a él. Por utilizar la hermosa fórmula empleada en cierta ocasión por Valéry, de quien no cabe sospechar que fuera de izquierdas: «Si alguien es más listo que uno, es un sofista». Pues bien, de ese modo se cosifica la separación entre lo que se llama razón y lo que se llama sentimiento. En este contexto no puedo evitar resaltar el hecho de que han quedado confirmadas las observaciones que he llevado a cabo en mi *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad* acerca del papel desempeñado por el concepto de lo existencial y de

la existencia en la filosofía existencialista, en cualquier caso, en aquella de carácter centroeuropeo. De ese modo, se dijo últimamente en una polémica con una profesora que no encajaba con los radicales de derecha: «No discutimos con ella; antes bien, de lo que aquí se trata es de posiciones existenciales contrapuestas». Es decir, pueden ustedes comprobar de qué forma tan inmediata se pone aquí el concepto de lo existencial al servicio del irracionalismo, de la defensa frente a la argumentación racional, en definitiva, frente al pensamiento discursivo. Y yo creo desde luego que el clima envenenado de la filosofía existencial que predomina en el ámbito lingüístico alemán tiene mucha culpa del desarrollo del antiintelectualismo entre los intelectuales.

Por supuesto, a pesar de todo, el antisemitismo es y ha sido siempre un «eje de la plataforma». Ha sobrevivido, podría decirse, a los judíos, y por eso conmueve su figura fantasmal. De paso, por medio de una racionalización, se previene cualquier sentimiento de culpa: «Algo tiene que haber en todo ello, si no, no los hubieran matado». Mientras tanto, en la legislación oficial pende naturalmente un tabú en torno a todo esto. Pero aun así el tabú relacionado con la alusión a los judíos se convierte en

un medio de la agitación antisemita, concretamente cuando se hace el siguiente guiño: «No se nos permite decir nada, pero ya nos entendemos. Todos sabemos lo que pensamos». Y la simple mención de un apellido judío basta para que esta técnica de insinuación produzca determinados efectos.

Por lo demás, una técnica de la nueva manipulación del antisemitismo, sobre la que me gustaría llamar su atención, para que quizá la estudien ustedes más de cerca y se defiendan de ella, es el efecto acumulativo. La *Soldaten-Zeitung*, o sea, la *National-Zeitung*,* ha desarrollado hasta un grado extraordinario de virtuosismo el arte de no escribir nunca en ninguno de sus números nada que pueda dar lugar, ni de lejos, a una intervención en contra de actitudes antisemitas o neonazis en virtud de la legislación vigente, que es, no hace falta decirlo, completamente clara en ese sentido. Pero, por otra parte, si se fija uno en toda una serie de números de dicha publicación, hay que estar realmente muy afectado por el espíritu del formalismo para no ver

* Semanario de extrema derecha fundado en 1951 con el nombre *Deutsche Soldaten-Zeitung* («Revista Alemana de los Soldados»), rebautizado *Deutsche National-Zeitung und Soldaten-Zeitung* («Revista Nacional Alemana y Revista de los Soldados») en 1960-1961, y finalmente en 1963 *Deutsche National-Zeitung* («Revista Nacional Alemana»). *(N. de los T.)*

lo que se quiere decir en ellos. Y ese peligro, esa forma de insinuación aumentada hasta convertirse en una técnica muy depurada, tiene que ver con las cuestiones que no solo hay que analizar con precisión y tener bien presentes en todo momento, sino que también habría que intentar encontrar medios legales que permitan a un Estado democrático tomar medidas en su contra.

Pues bien, por lo que a la ideología se refiere, esta ideología tiene prohibida totalmente su expresión pública en virtud de la legislación vigente. Cabe decir que todas las manifestaciones ideológicas del radicalismo de derecha están marcadas por un conflicto permanente entre la imposibilidad de poder decir algo y la necesidad, como afirmaba recientemente un agitador, de llevar a la audiencia al punto de ebullición. Y para su tranquilidad puedo asegurarles que no la ha llevado al punto de ebullición. Ahora bien, ese conflicto no es solo aparente, sino que la obligación de adaptación a las reglas del juego democrático significa también cierta transformación de los modos de comportamiento, y en ese sentido conlleva también un elemento... en fin, cómo podría decirlo... de fragilidad, la fragilidad que tienen por lo pronto estos movimientos en su fase de «espectralidad». Su carácter abiertamente

antidemocrático desaparece. Por el contrario: se invoca siempre a la verdadera democracia y se tacha a los demás de antidemocráticos. Y en esas concesiones a las reglas del juego democrático hay cierta contradicción. El elemento demagógico no puede ya desplegarse con tanta libertad. Me viene a la memoria el problema de la democracia interna de los partidos, garantizada por supuesto en Alemania por la Constitución. Cuando la democracia interna de un partido se ve vulnerada, este se enfrenta a la amenaza de su prohibición. Pero si se ve interrumpida, esa forma política es incompatible en la práctica con lo que defiende. Este es también un factor ante el que hay que estar atento por la reacción contraria que pueda producir.

Esencialmente, esta ideología, en la medida en que se trata de una ideología independiente y elaborada —y considero en realidad totalmente secundario sacar a la palestra el elemento ideológico frente a la voluntad política—, se ha alimentado, por lo que a su contenido se refiere, precisamente de la ideología nazi. Resulta sorprendente, si se leen los documentos, lo poco que se ha añadido el viejo repertorio en el nuevo, el carácter secundario, el carácter de refrito que tiene todo en él. En cualquier caso, se ha intentado usurpar la integración europea,

hablar más o menos de una «nación europea», pero justo eso se ha revelado a todas luces que tiene muy poca fuerza de atracción debido a las razones en las que se basa el nacionalismo como intento de autoafirmación en medio de la integración, siendo ese intento lo que precisamente tiene más fuerza. También aquí hay una especie de contradicción.

Un papel muy destacado en esta ideología es el que a todas luces desempeña —y realmente con este término vengo a designar un problema científico, del que no me considero a la altura de darles a ustedes una solución real—, pues bien, como digo, un papel muy destacado en ella es el que desempeña el antiamericanismo, esbozado ya en tiempos de los nazis en la expresión naciones «plutócratas» y en cosas así. En el significado de ese antiamericanismo se ha pretendido usurpar la idea de «tercera potencia» de Europa. Es difícil decir lo que se oculta tras el antiamericanismo. Tal vez sea en parte la conexión con un sentimiento real, a saber, con el sentimiento de que incluso en una democracia formal, y precisamente debido al sistema de bloques, la plena libertad de la determinación política se halla, según se cree, secuestrada; y no solo según se cree. Me gustaría señalar a este respecto, quizá se me permita decirlo *en passant*, que no todos los ele-

mentos de esta ideología, ni mucho menos, son sencillamente falsos, sino que en ella lo verdadero entra al servicio de una ideología falsa y que la hazaña de la resistencia en contra de ella consiste esencialmente en criticar el abuso que hace incluso de la verdad en beneficio de la falsedad y en defenderse de ello. La principal técnica por medio de la cual la verdad se pone al servicio de la falsedad consiste en aislar y sacar de su contexto observaciones que, de hecho, son verdaderas o acertadas, y decir por ejemplo: «Con Hitler, antes de que se metiera en esa estúpida guerra, lo cierto es que nos fue muy bien», sin ver que toda la coyuntura de los años que van del 33 al 39 solo fue posible en realidad debido a la vigorosa economía de guerra, debido a la preparación de la guerra. Y como esa, cientos de cosas más.

En cualquier caso, esto enlaza con todo el complejo de la autonomía en la que desemboca la democracia y que, al mismo tiempo, no se hace plenamente realidad en el sistema vigente. Si mis observaciones no me engañan, entre los lemas más eficaces del neofascismo se han oído utilizar expresiones como, por ejemplo: «Otra vez se puede votar». O se ha hablado —en una variante de cierto eslogan de Goebbels, concretamente el de los «par-

tidos de sistema»— de «partidos con licencia», esto es, de partidos que han recibido licencia de las antiguas fuerzas de ocupación. Y esa idea ha sido enormemente eficaz, pues la gente ha tenido la sensación de que ahora, justo con este movimiento que pretende suprimir la libertad, va a entrar de nuevo en posesión de la libertad, va a tener la posibilidad de decidir libremente y de actuar con total espontaneidad. Creo que sería importantísimo analizar con precisión este asunto que va muy ligado al del antiamericanismo.

Esencial en esta ideología es su carácter fragmentario. Se quiera o no, se pasan por alto en ella muchos «ejes de la plataforma», como por ejemplo la expansión hacia el Este, nuestro auténtico imperialismo. Falta por completo la perspectiva que contiene eso de «mañana el mundo entero»,* y por eso adolece toda la cuestión de una especie de falta de energía y de una propensión mucho mayor a la desesperación que la que subliminalmente había

* Alusión a un verso de *Es zittern die morschen Knochen* («Tiemblan los huesos podridos»), obra del poeta y compositor Hans Baumann, que acabó convirtiéndose en himno de la Deutsche Arbeitsfront (Frente Alemán del Trabajo), el sindicato nacionalsocialista. El estribillo de la canción decía: *Heute gehört uns Deutschland / und morgen die ganze Welt* («Hoy nos pertenece Alemania / y mañana el mundo entero»). *(N. de los T.)*

en el nacionalsocialismo. Pero me gustaría decir una vez más que en el fascismo no hubo nunca una teoría realmente elaborada, que siempre se sobreentendió que todo dependía del poder, de un ejercicio del dominio absoluto carente, en definitiva, de concepto, y que, por el contrario, el intelecto, tal como se plasma en la teoría, es algo secundario. Y justo eso es lo que después, ideológicamente, ha conferido también con toda naturalidad a esos movimientos la flexibilidad que tan a menudo puede observarse en ellos. Por lo demás, eso es algo que está también en el espíritu del tiempo, el predominio de un ejercicio carente de concepto, y que tiene también su consecuencia en la propaganda.

Permítanme para acabar que les diga algo acerca de la propaganda, que, según yo considero, como ya les indicaba anteriormente, constituye el verdadero meollo, la propia sustancia en cierta manera, del asunto. Esa propaganda no va destinada tanto a la difusión de una ideología, que, como les decía, es demasiado endeble, como a mantener ocupadas a las masas. O sea, la propaganda es sobre todo una técnica de psicología de masas. En eso se basa también el modelo de la personalidad autoritaria, exactamente igual en la actualidad que en tiempos de Hitler o que en los movimientos del *lunatic fringe*

de Estados Unidos o de cualquier otro sitio. Esa igualdad radica en el llamamiento a la personalidad autoritaria. Se dirá una y otra vez que esos movimientos prometen algo a todo el mundo, y eso es cierto como rasgo característico de su falta de teoría. Pero asimismo es falso en la medida en que en ese llamamiento al carácter autoritario se oculta una igualdad muy específica y muy marcada. Tampoco encontrarán ustedes ni una sola manifestación que no se corresponda con el esquema de la personalidad autoritaria. Y justo cuando se descubre esa estructura del llamamiento a la personalidad autoritaria, eso es lo que de verdad lleva a los radicales de derecha al punto de ebullición, y yo diría que ahí tenemos desde luego una prueba de que al tocar esa estructura se toca un punto neurálgico. Por consiguiente, las tendencias inconscientes que alimentan la personalidad autoritaria no se hacen conscientes por obra de esa propaganda, sino todo lo contrario, se hunden todavía más en el inconsciente, se mantienen artificialmente inconscientes. Todo esto me trae a la memoria la exagerada significación de los llamados símbolos, tan característica de todos estos movimientos.

Sin embargo, cuando se pasa a hablar de estas cosas, los señores se vuelven de repente muy cien-

tíficos, explican que la prueba de la personalidad autoritaria no se verifica estadísticamente con la exactitud necesaria y todo lo que haga falta, y utilizan los medios de un positivismo perverso para inhibir la experiencia, la experiencia viva. Ese, dicho sea de paso, es el punto en el que los problemas de los que tuve la ocasión de hablarles la otra noche[1] convergen directamente con los problemas que estoy tratando hoy.

Naturalmente, resulta odioso sobre todo el psicoanálisis, y el antiintelectualismo —el miedo a que el inconsciente se vuelva consciente—, y el carácter autoritario conforman en conjunto una especie de síndrome. Esa técnica propagandística hace referencia tanto a ciertos rasgos formales como a determinados contenidos más o menos aislados. Hace ya tiempo que estoy convencido —y junto con Horkheimer trabajamos ya sobre este problema en concreto cuando todavía estábamos en Estados Unidos— de que se trata de un número relativamente pequeño de trucos estandarizados y totalmente cosificados que se reiteran una y otra vez, que son en gran medida pobres y endebles,

[1] En su conferencia *Zum Problem des sozialen Konflikts heute* («Sobre el problema del conflicto social»). *(N. del E. original.)*

pero que, por otro lado, debido a la repetición constante que de ellos se hace, logran tener para esos movimientos cierto valor propagandístico.

En lo formal, me gustaría llamar su atención, por lo pronto, sobre una cuestión para la que debemos estar preparados a la hora de defendernos de ella, y no es tan fácil. Pues se trata nada más y nada menos que del llamamiento a lo concreto, como yo lo he llamado. Se trabaja continuamente —y, como puede comprobarse, se trata precisamente de un hábito muy cultivado en Alemania por la NPD— con la acumulación de datos, en particular de cifras, a los que en general no se puede replicar de ninguna manera, y a su vez empleando el siguiente tonillo: «¿Cómo? ¡Pero si eso lo sabe hasta un niño! ¡Así que no saben ustedes que en sus tiempos el rabino Nussbaum exigió que se castrara a todos los alemanes!». O sea, historias de ese estilo, totalmente descabelladas y fantásticas. El ejemplo me lo he inventado yo, por supuesto, pero vaya, los argumentos son de ese tenor. Se pontifica con conocimientos que difícilmente se pueden controlar, pero que justo por el hecho de no poder ser controlados confieren al que los saca a colación un tipo especial de autoridad. Por eso bien valdrá, creo yo, estar muy atento de antemano, si se opera con afirma-

ciones totalmente concretas, en apariencia, como esas. Todo ello se funde con la famosa técnica hitleriana de soltar las mentiras más burdas. De ese modo, en los mítines electorales celebrados en Alemania, la NPD ha multiplicado por diez, y lo ha hecho a todas luces de forma sistemática, las cifras de las cantidades pagadas a Israel en concepto de reparación. Pero después todo el asunto ha salido a la luz, y se ha demostrado con contundencia que no eran más que falacias, por lo que sus autores han sufrido grandes apuros.

En ese contexto hay que incluir el «método salami», como se le llama con una expresión alemana de lo más descarada, y que consiste en cortar una rodajita, un pedacito, de un todo, y luego otra y otra y otra. O sea, se pondrá en duda, con la pedantería seudocientífica que es habitual en estos movimientos, el número de judíos asesinados. Y primero se dirá: «No, no, no fueron seis millones, sino solo cinco y medio», y una vez llegados a este punto, se llegará a dudar de que en efecto se asesinara a alguno, y al final el asunto se presentará como si en realidad hubiera sido al revés. Creo, por tanto, que hay que considerar estas cosas con especial atención.

Luego está el formalismo, que es muy característico también de este modo de pensar, y además

es un complemento de lo concreto. Y en particular un formalismo de corte jurídico. O sea, se afirmará, por ejemplo, que los Acuerdos de Múnich fueron suscritos de forma voluntaria por las potencias occidentales y que, en consecuencia, sigue vigente el derecho de los alemanes, con todas las consecuencias jurídicas que de ello se derivan, sobre los Sudetes, pongamos por caso, y sobre todo lo que haga falta.

Después, decía yo, según creo... no, todavía no he hablado de eso, es una cuestión que no sé si tiene validez para Austria, pero para Alemania sí la tiene con toda seguridad, y puedo imaginarme que aquí también es un asunto candente..., me refiero a lo que me gustaría denominar el truco de lo oficial o de lo estatal, a saber, que estos grupos adecúan su terminología como si estuvieran revestidos de algún tipo de cargo oficial y protegidos por él. Así, por ejemplo, la revista de extrema derecha más difundida, destinada a los estudiantes, se llama el *Studenten-Anzeiger*, lo que, para los ingenuos, le da la apariencia de que es publicada por una organización estudiantil y de que tiene tras de sí al estudiantado, mientras que en realidad es un instrumento meramente propagandístico. Del mismo modo se monopoliza el adjetivo «alemán». Se califica de alemán todo lo habido y por haber, y eso

que, por el simple hecho de ser oriundos de Alemania y actuar en Alemania, los partidos contrarios son tan alemanes como los que monopolizan este adjetivo.

También me gustaría abordar aquí otro truco; aunque no sólo es un truco, sino que además nos topamos con él una y otra vez como si fuera algo serio. Pues bien, se trata del truco «Hay que tener alguna idea». Es algo que uno se encuentra entre personas relativamente anodinas y de pocas luces, de esas que dicen, por ejemplo: «Sí, bueno, ¿qué va a ser de estos jóvenes? Estos jóvenes no tienen ni idea, y nadie les proporciona ni siquiera la más mínima idea de nada». Bueno, ya les he hablado antes del idealismo vulgar. Pues creo que eso es el prototipo de lo que quería decir con aquello de idealismo vulgar. Y es que aquí se sustituye de manera pragmática el concepto de idea por su contrario. Es decir, la idea no debe existir por sí misma, por ser verdad, no debe existir por su contenido objetivo, sino solo por el motivo pragmático de que, en cierto modo, sin ideas no se debe poder vivir, de que debe ser bueno tener alguna idea. Cuál sea el contenido de esa idea es indiferente. Pero cuando alguien da de pronto un puñetazo en la mesa y afirma: «¡Tenemos una idea!», ya está, eso ya es el

sucedáneo efectivo de dicha idea. O sea, diría que hay que estar también muy atentos justo a ese punto en el que se apela a aquello de que «Hay que tener alguna idea».

Por lo que se refiere al nacionalismo, este aparece en la propaganda en general, pero no de forma genérica, sino que se concentra con suma destreza en algunos puntos sensibles. Por ejemplo, la afirmación de que los alemanes están discriminados en el mundo, a lo que habría que responder sencillamente que, después de la monstruosidad que ha ocurrido, lo sorprendente más bien es el poco rencor que en realidad se les ha guardado en todo el mundo, lo rápido que se ha olvidado todo. O se hablará del desprecio de los símbolos nacionales, cosa que de inmediato se traduce en ataques de ira y en actos violentos. La autonomía del símbolo respecto de lo que se entiende por él es otro de esos puntos sensibles, que habría que analizar con mucha precisión. Quizá el motivo sea que en los símbolos, además de su contenido expresivo, resuenan muchos otros ecos, aparte del elemento meramente nacional que supuestamente representan, y que, cuando se considera que esos símbolos no son lo bastante respetados, el inconsciente reacciona ante otras amenazas totalmente distintas de las que apa-

renta esa propaganda. Algo similar es lo que sucede con la propensión a etiquetar de «traidores a la patria» a los individuos que estarían dispuestos a reconocer la línea Óder-Neisse. También hubo ya cosas similares en otras épocas: se hablaba de «políticos de relleno» en tiempos de la República de Weimar. Se trata del complejo de *punitiveness*, cuya mejor traducción acaso sea «afición a imponer castigos», y concretamente a los demás.

Recientemente, en Alemania, una gran institución de los medios públicos de comunicación ha mantenido una entrevista con un par de dirigentes de la NPD con el fin de averiguar qué propuestas concretas tenían. Y hablando de propuestas concretas, lo único que salió a relucir —lo que resulta muy característico— fue: habría que introducir de nuevo la pena de muerte para los asesinos de taxistas. Es algo, creo yo, que puede sonar muy ridículo e insignificante, pero que demuestra el papel que desempeña en todo momento en estos asuntos el sadismo que se camufla en las ideas de derechas.

Me ahorraré analizar para ustedes en detalle algunos otros trucos definitorios de la situación actual. Por ejemplo, la frase: «¿Y lo que se permite cualquier Estado de negros no vamos a poder permitírnoslo nosotros?». A lo que bastaría responder

preguntando: «¿Y qué vamos a poder permitirnos exactamente?». O el aserto sobre la venta a precio de saldo de la economía alemana al capital extranjero y al mismo tiempo la alusión a la falta de capital en el seno de la industria alemana. O el aserto de la extranjerización debido a la presencia de los inmigrantes [*Gastarbeiter*], porque siempre, incluso cuando el desempleo se extiende, la falta de mano obra en toda una serie de oficios, y en particular en aquellos relacionados con los trabajos manuales más humildes, porque, repito, la necesidad de mano de obra extranjera [*Fremdarbeiter*] —prefiero decir «mano de obra extranjera» que «inmigrantes» [*Gastarbeiter*], pues considero que «inmigrantes»* es una expresión ideológica—, esa necesidad, digo, persiste. Y luego, por supuesto, todo el complejo del «Arte degenerado», de la «Limpieza», de las «Pantallas blancas»,** y todo lo relacionado con estas cosas.

* En alemán el término habitual para designar a los «inmigrantes» es *Gastarbeiter*, que significa literalmente «trabajadores huéspedes» y que Adorno considera una expresión provista de una fuerte carga ideológica; él preferiría utilizar el término *Fremdarbeiter*, «trabajadores extranjeros», que aquí hemos traducido por «mano de obra extranjera». *(N. de los T.)*

** La campaña «Pantallas blancas» fue una iniciativa surgida en la década de 1960 con el fin de impedir la sexualización de los medios de comunicación de masas, que, aunque lenta en un primer momento, iba extendiéndose cada vez más, por medio de la censura, de medidas de control o incluso de una modificación de la Constitución. La iniciativa fracasó muy pronto. *(N. de los T.)*

También con todo esto tiene que ver el complejo de lo de «Acabemos con la confesión de nuestras culpas», confesión que, en cualquier caso, nunca se ha exigido. Después lo de que el nacionalsocialismo primero fue algo bueno y después se «descontroló». En definitiva, la teoría del buen fondo. Luego viene el aserto de la compensación de la deuda. Y finalmente la polémica de los procesos contra los nacionalsocialistas, en la que Fritz Bauer hizo ya un comentario muy acertado al señalar que los mismos que reclaman la reintroducción de la pena de muerte exigen la impunidad para los asesinos de Auschwitz, algo que desde luego es preciso advertir en este contexto, aunque no niego que en todo ello haya una contradicción muy seria, una contradicción sobre la que he reflexionado teóricamente hasta romperme en cierto modo los cuernos.

Y ahora, con respecto a la cuestión de cómo defendernos de todo esto, permítanme ustedes decir unas pocas palabras más. Creo que la táctica del «¡Chitón!», esto es, la táctica de guardar absoluto silencio sobre estos asuntos, no ha dado nunca buenos resultados, y en la actualidad este proceso ha llegado ya demasiado lejos, más de lo que se podría conseguir con él. Ya les he dicho a ustedes que no hay que moralizar, sino apelar a los intereses

reales de la gente. Y solo voy a repetirlo una vez más. Quizá se me permita traer a colación también a este respecto los resultados de una investigación estadounidense sobre nuestro libro *Estudios sobre la personalidad autoritaria*, pues demuestran que incluso las personalidades prejuiciosas, que han sido abiertamente autoritarias, represivas y reaccionarias desde el punto de vista político y económico, han reaccionado de un modo del todo distinto en los puntos en los que estaban en cuestión sus propios intereses más claros, los intereses más claros para ellas. O sea, podían ser enemigos mortales del gobierno de Roosevelt, pero en aquellos asuntos que les favorecían directamente —como, por ejemplo, la protección del inquilino o el abaratamiento de los servicios médicos—, el antirrooseveltianismo se acababa enseguida y sus seguidores se comportaban en tales casos de manera en cierta medida racional. Esa escisión en la conciencia de las personas me parece que constituye uno de los puntos de partida más prometedores para una reacción en contra de esos movimientos en el sentido del que ya he hablado.

Otro factor es el de la introspección. Es decir, a la hora de defenderse de esos movimientos uno intenta concienciarse de que el meollo de todo ese

complejo de la personalidad autoritaria y de la ideología de extrema derecha no está en sus enemigos declarados, ni siquiera en aquellos contra los que se brama, sino que de lo que se trata en definitiva es de elementos proyectivos, esto es, que los propios objetos de estudio, aquellos que debería uno entender y cambiar, son los radicales de derechas y no aquellos contra los que estos han movilizado su odio. Ahora bien, señoras y señores, no soy tan ingenuo como para creer que con ese giro hacia el interior de uno mismo, con esa introspección, va a conseguirse mucho de los individuos de los que aquí tratamos, pues un rasgo esencial de ese síndrome es —y ahora ya no puedo explicarles en detalle por qué—, repito, un rasgo esencial de ese síndrome es que esos caracteres autoritarios son inabordables y no permiten que nada ni nadie se les acerque. Se ha demostrado, sin embargo —y les ruego que me perdonen por volver a hablar de mi libro *Estudios sobre la personalidad autoritaria*—, se ha demostrado, sin embargo, que haciendo simplemente que las personalidades que se comportan de ese modo y no de otro se conviertan en un problema sociopsicológico, haciendo que se reflexione acerca de ellas, acerca de la relación entre su ideología y su naturaleza psicológica, haciendo que se

conviertan en el problema, es como se ha disipado cierta ingenuidad existente en el clima social y como quizá se haya producido una cierta desintoxicación. Y puedo imaginarme que todo esto abre perspectivas prometedoras también en los territorios de lengua alemana, en los distintos países en los que se habla alemán.

Finalmente, se deberían tener bien presentes los trucos de los que he venido hablando, darles nombres muy gráficos, describirlos con precisión, describir sus implicaciones e intentar en cierta medida vacunar a la población contra esos trucos, pues al fin y al cabo nadie quiere ser un idiota, o como se diría en Viena, nadie quiere ser «el adefesio». Y lo que hay que demostrar muy bien es que todo esto desemboca en una gigantesca técnica psicológica de adefesios, en un gigantesco timo psicológico.

Pues bien, señoras y señores, repito que soy consciente de que el radicalismo de derecha no es ningún problema psicológico ni ideológico, sino un problema tremendamente real y político. Sin embargo, la falsedad objetiva, la falta de veracidad de su contenido, lo obliga a proceder utilizando medios ideológicos, es decir, en este caso, utilizando medios propagandísticos. Y por eso, prescindiendo de la lucha política con medios puramente

políticos, es necesario situarse en su propio terreno. Pero no hay que oponer mentiras a mentiras, no hay que intentar ser tan artero como él, sino luchar realmente contra él con la fuerza aplastante de la razón, con la verdad realmente no ideológica.

Quizá haya muchos entre ustedes que me pregunten —o que me preguntarían— qué pienso del futuro del radicalismo de derecha. Considero semejante pregunta desacertada, pues es demasiado especulativa. En este tipo de pensamiento, que de antemano se fija en estas cosas como si fueran catástrofes naturales, sobre las que se hacen pronósticos como si de huracanes o de catástrofes meteorológicas se tratara, hay ya implícita una especie de resignación, mediante la cual uno se desconecta como sujeto político propiamente dicho, hay una mala relación como espectador con la realidad. Cómo se desarrollen estas cosas en adelante y la responsabilidad de cómo se desarrollen es algo que depende en último término de nosotros. Muchas gracias por su atención.